

1

Julio

La guitarra rugió con el último acorde de *What's my name?*, mientras Jeremy la blandía brazo en alto. Con los ojos cerrados, el pelo largo y la camiseta pegada al cuerpo por el sudor, parecía esperar la ovación de miles de espectadores que habían venido a aclamarlo. La última nota se extinguió con un pequeño silbido agudo mientras nuestro viejo amplificador de válvulas crepitaba. Por encima de nuestras cabezas, la chapa del tejado crujía bajo el sol.

Jeremy se retiró el mechón de pelo que le tapaba la cara.

—¿Nos tomamos una coca-cola?

Había forzado tanto la garganta intentando imitar a Joe Strummer, el cantante de The Clash, que tenía la voz ronca. Apoyé el bajo contra la pared del garaje y me lancé a explorar el fondo de

mis bolsillos, en busca de las escasas monedas que podía haber allí.

Para ser sinceros, nuestro grupo de *rock* se reducía a la mínima expresión. Mi hermano y yo. Jeremy, voz y guitarra, y yo, bajo y coros, una tarea que asumía en solitario, lo que requería cierta decisión. Casi siempre tocábamos temas de los Pixies, los Clash o los Sex Pistols, que berreábamos como dementes ante los micros comprados por cuatro perras en el Cash Converters de la esquina. Pero nuestra verdadera originalidad era otra. Sin duda, formábamos el único grupo de toda la historia del rock que no tenía un batería. Nos encantaría tener uno, pero todos los que se habían ofrecido hasta ahora eran unos auténticos leñadores, tipos que tocaban como si estuvieran sordos, sin preocuparse ni un segundo de lo que pasaba a su alrededor.

Nosotros buscábamos uno bueno. La perla rara.

Lo único que se nos podía reprochar de verdad era que hacíamos bastante ruido. Nuestros vecinos más próximos no eran muy aficionados al *rock* duro y no tenían el menor inconveniente en

hacérselo saber... De modo que, desde que empezaron las vacaciones, tocábamos cada día, de la mañana a la noche, encerrados en el garaje, con todas las puertas cerradas a pesar del calor asfixiante de julio. El resto del año también tocábamos, pero solo cuando el instituto me dejaba tiempo libre. Esta era mi prioridad, no quería acabar como mi hermano, que llevaba dos años de vacaciones. O casi.

A Jeremy nunca se le dio muy bien el colegio, que es una forma suave de decir que era un completo desastre. El día en que cumplió dieciséis años comunicó a nuestros padres que ya estaba bien de clases y que a partir de entonces iba a trabajar. Trabajar de verdad. Con sus manos. Ganarse la vida. La clase de promesa que es más fácil de hacer que de cumplir... Desde el cierre de las fábricas de mecánica, el trabajo se había convertido en un bien escaso en la localidad, y, al otro lado de la autopista, la antigua zona industrial parecía un campo de ruinas. Con dieciocho años cumplidos, excepto las pocas semanas en que se había levantado a las cuatro de la mañana para descargar los camiones de

Giant Maxx, el supermercado que presidía la salida de la ciudad, Jeremy no había encontrado nada mejor que sacar los perros de la vieja Tata Ninidze, la cual se había roto el cuello del fémur el invierno pasado.

Aunque era preciso reconocer que no había puesto mucha energía en ello...

En resumen, mientras esperaba convertirse en una estrella internacional del *rock*, mi hermano no hacía nada y se pasaba días enteros encerrado en su habitación, tocando la guitarra y escribiendo vagas canciones, lo que ponía a papá hecho una furia.

Jeremy apagó el amplificador, el silbido se calló y solo quedó el crujido de la chapa que se dilataba con el sol y el ruido de las máquinas del taller de papá.

—Bueno, ¿nos tomamos la coca-cola en Giant Maxx? —preguntó.

¡Como si tuviéramos elección! Era la única tienda abierta en millas a la redonda. Las demás habían cerrado al mismo tiempo que las fábricas y sus estructuras se desvencijaban un invierno tras otro.

Jeremy se puso la cazadora de cuero —sin la cual no era del todo él mismo— y pilló al pasar las llaves del coche de mamá, un viejo Tornado que mi padre había reparado tantas veces que no debía de tener ni una sola pieza original.

Los dos individuos que paseaban arriba y abajo por el aparcamiento de Giant Maxx cuando llegamos no tenían nada que ver con los clientes habituales de la tienda. Recorrían las filas de coches embutidos en sus uniformes impecables, pero de lejos, con la gorra sobre los ojos, el pelo rapado, los guantes blancos y los zapatos relucientes, parecían más bien dos papagayos perdidos en medio de una bandada de cuervos. Las divisas plateadas del más veterano brillaban con el sol, y el otro lo llamaba «mi teniente» cada diez segundos. Ponía tanta energía en ello que se le oía de un extremo a otro del aparcamiento.

—Y eso que no es carnaval... —se rio Jeremy guiñándome un ojo.

Como si lo hubieran oído, los dos tipos se volvieron hacia nosotros y se acercaron con una sonrisa en los labios. Mi hermano se reía menos cuando